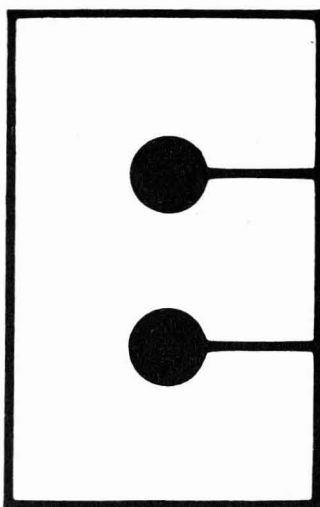


**VLADIMIRO
RIVAS ITURRALDE**



**L
OTRO,
LA
VIDA**

A Sandra

Me han atado a la sombra, a la caricia de estas sábanas que me excitan, me miran el Corazón de Jesús desde la repisa, desde un fanal la Virgen del Quinche y la Dolorosa sobre la puerta. Me han confiado al ángel guardián que flota y revolotea en los estremecimientos de las sábanas y yo, desde anoche, que Fernando, Fernando, y me revuelco una y otra vez en la cama. Y mi mano se posa en los vellos, Fernando, Jesús, cuidado, me pregunto si a las tías les habrá pasado. Para cuidados ya está bastante. Me pregunto qué cara pondré, qué diré esta noche, quisiera enmudecer y dejarme ir, dejarme, qué le diré a Fernando a mediodía, a ver si ahora le digo que no podemos, que otro día, y así lo pongo a prueba. ¿No es eso la tentación? Ay, ya estoy haciendo de diablo. Pero no, también Dios y la corte celestial prometen y prometen y entretanto nos morimos de impaciencia por salir. Ahí está el jardín. Que le gustaba mi olor dijo Fernando y pensar que sólo son extractos. Afuera: las rosas y los claveles y los nardos en el pozo de luz. Me pregunto por qué no salgo. Si ahora me mimaran. Me miman las sábanas, a ver si como me mima Fernando, me estoy adelantando chica, mira lo que piensas, me pasaría la mañana mirando la pecera de la tía Charo, también al otro lado, a veces sueño en los peces y los peces se me escurren de las manos como jabones, ten cuidado, estás agitando las caderas, entreabriendo los muslos, pegándolos a tu mano, acuérdate de lo que pensaba Fernando sobre tu olor, cómo te hizo encogerte en las sábanas que no tenías, en tu ropa, y lo que dijo de tus dedos y de tus manos, casi me pareció intelectual: "bellísimas", de dónde lo habrá sacado, cómo se le ocurrió semejante cosa y, tonta, no supe otra cosa qué hacer sino sonreír, qué respuesta, pero en fin, pensándolo bien, qué pude haber dicho, qué podía decir, estaba como atontada, a ver ensayemos, como decía la madre Eulalia a las del coro, *da capo* decía, supongamos que ahora me lo repite, repítamos, qué le contesto... ¿ves? no puedes hacer otra cosa que revolcarte en tus sábanas, enterrarte, revolcarte, zambullirte, sí, echarte a nadar en ellas como el pez en el agua, dichosa tú, dichosa, que nada hiciste para merecer esa declaración de Fernando que sólo te empuja a la piscina de tus sábanas porque te han prohibido salir como cuando... ¿cuándo? ... lo que ellas piensan no es engaño, son sabidas las viejitas, te adivinan, te conocen, te persiguen, te espían, te controlan, te preguntan, te responden, te atan a la cama, a la pata de la cama o a las sábanas donde dejo mi olor y mi sudor, te atan a la pata de la cama, sí, por amor, y eso es lo peor, porque me quieren. Ay, si el *tú* fuera Fernando. No sé si Fernando tiene las mismas prohibiciones que yo tengo, pero él ya dio el paso, debe ser hermoso desobedecer sin hacer llorar a la gente, sin hacerle daño. Me pregunto qué sintió Fernando cuando habló de mi perfume, de mis dedos y de mis manos, me gustaría



Vladimiro Rivas Iturralde ■ Escritor ecuatoriano (1944), publicó en 1968 *El demiurgo* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, relatos). Tiene otros libros de relatos, *El apátrida*, inédito. Crítico de cine. Reside en México con una beca de la Comunidad Latinoamericana de Escritores.

preguntárselo, cómo estarán mis nervios entonces, cómo me pondré a temblar toda y no sabré qué decir de nuevo, alelada, y sólo buscaré de nuevo hundirme en las sábanas y querer nadar, zambullirme, nadar interminablemente, ágil, huidiza y frágil como un pez, perderme en el jardín que me da su olor. Otra vez tus manos en trayectoria desde tus senos a tu sexo, tus senos ya están grandes, cómo los sentirá Fernando, ay no, virgencita, mira con lo que piensas. También el parque estará perfumado y habrá música. Qué dirán las tías cuando sepan de mi encuentro con Fernando en la retreta y, ay, cómo me las arreglo para despachar a Silvia, cómo sin herirla, cómo sin hacerle ver mucho de mi curiosidad, de mi interés, de mi ansiedad. ¿Y si me ensucio?, ¿si me mancho bajo los pinos? . Por Dios, de dónde habré sacado esta obsesión por la limpieza, bueno ha sido quedarse sola para poder preguntarse tantas cosas, y ya que la tía Charo se me acerca y se agarra de la bola del pie de la cama como de un bastón, ay hija, a qué hora te levantas, le saco la lengua en mi risita y me extiende el jabón y se va a ver si levantarse de la cama como ellas tiene sentido para nada, hmm, se me van las palabras hacia adentro, el aire para mí y la energía y el agua y además estoy pensando, así que mejor me enrosco y me hago un pequeño feto a ver si me acuerdo de cuando yo tenía cuatro años, tan claro lo veo ahora, así deben ver los peces bajo el agua, la tía Rebeca me vistió, me lavó la tía Charo, curiosa ceremonia, como vestir a un curita para la misa, y me dejó olor a lavanda, ahora lo huelo en el jabón que me extiende, tan lindo el vestido que me puso, ahora debe ser un trapo, querían deslumbrar a las visitas, que ellas me vieran y constataran por mi vestido que no se habían quedado en la ruina y que serían capaces de cuidar de mí. Cuando pienso que las visitas no eran más que mis otros tíos, mis tíos maternos. Ni me reconocí al verme en el espejo, rubiecita, amarilla toda yo, desentonando con este cuarto que desde entonces no ha cambiado, igual huele a esteras de palma, a cirios, muebles antiguos y aguas de toronjil, de menta y yerbabuena. En ese espejo ovalado, enorme, me miré, y me asusté de verme encerrada en ese vestidito amarillo y en el enorme huevo del espejo. Pensé que ahí me estaban encerrando para siempre y que ya no me dejarían salir, a no ser que, pero fue por el cariño que me tenían, ¿no? no querían que los otros me arrebataran, tampoco me consultaron, ¿no? pero fue por lo mucho que me querían, así que después de mirarme como nunca me había visto en el enorme huevo de ese espejo, atrapada, condenada ya, me tuvieron en el cuarto oscuro, aquí, esperando que los demás vinieran a verme. Pero ellas tenían quehacer en la cocina y en el patio y, ay, sí, tan claro lo veo ahora, para que no me ensuciara en el juego, para que no me manchara en el jardín, me ataron a la pata de la cama y no pude salir porque (dije) afuera estaba el sol, estaba el jardín, las abejas revoloteando y zumbando, los picaflones nadando en el aire, afuera estaba la vida,



al otro lado, y podía ensuciarme, manchar el vestidito aquel con que me señalaron, manchar su reputación y ensuciar su derecho a quedarse conmigo. Claro que nunca vinieron. O nunca las viste y si las viste su recuerdo enmudeció ante la memoria de tu propia imagen atada a la cama primero, encerrada en el vestido amarillo y en el óvalo del espejo después. No las recuerdas, es todo. Debes haber llorado mucho, tampoco me acuerdo. Ay, yo —tú, tú— yo. Palpas tu sexo, tu reja, no la toques, que Fernando te la rompa, Jesús, qué dices, y por qué no, alguien habrá de ser algún día, en algún recodo de tu vida, que sea Fernando, pero no en el parque, no bajo los pinos, no esta noche, has de gritar, has de jadear, has de sangrar, no esta noche, no bajo los pinos, ay, Jesús, Fernando. . .
Enero, 1974